

profanos y grafiteros

¿De dónde sacaría yo a los escritores más importantes del mundo?

Humberto Guzmán



NUNCA ES TARDE PARA RECORDAR. Mi experiencia vivida en la Universidad Autónoma Metropolitana fue una aportación de Carlos Montemayor. En 1979, éramos vecinos en la Colonia del Valle cuando me invitó a colaborar en Extensión Universitaria de la Unidad Azcapotzalco, de la que era coordinador. Allí me encontraría con Bernardo Ruiz, Miguel Ángel Flores, Humberto Martínez, Vladimiro Rivas, Jorge Ruiz Dueñas y otros, como José Francisco Ruiz Massieu.

Alguna vez Carlos me comentó que le gustaría tener una revista para acogernos en ella. Él tenía un cierto don que hacía que sus deseos se cumplieran. Al contrario de mí que, nunca me lo creen, tiendo más bien hacia la timidez. Y aquel deseo también se lo concedió su lámpara de Aladino. La revista se llamó *Casa del tiempo*, juego de espejos con el lema de la UAM: “Casa abierta al tiempo”. No fue —como lo insinuó aquella vez— una revista quizás del estilo de las de Octavio Paz, en la que éste era la cabeza y escribían sus amigos de México y del extranjero, que tenía muchos de calidad. No debía serlo, porque era un órgano de una universidad. Pese a esto, en los números que recuerdo de memoria de la revista la presencia de los profesores de la entonces nueva universidad era discreta, como también lo fue mi participación. Publiqué algunas reseñas de libros (como *El sinarquismo: ¿un fascismo mexicano?*, de Jean Meyer, que Carlos dudaba que pudiera hacerlo, en el número 1, así como artículos sobre algunos escritores que me interesaban y un fragmento de mi antinovela *Historia fingida de la disección de un cuerpo...*).

Pensaba que yo hubiera estado bien como parte del grupo de redacción de la revista para tener una actividad propia de mis intereses, que siempre han sido los de la escritura, pero ya me había dado a conocer como promotor de difusión, en la Unidad Azcapotzalco, y de actividades culturales, en la Dirección de Difusión Cultural de Rectoría General, en las eras de Carlos. Renuncié después de cada una de las dos veces que dijo adiós. Yo era de su equipo y no me llevaba bien con los que le siguieron. Pero esta clase de desplantes casi nunca funcionan como uno espera y en la última dejé a una universidad que ya empezaba a sentir parte de ella.

En 1982 hizo mutis Manuel Núñez Nava, que era el jefe de redacción de *Casa del tiempo*. Él y Carlos se habían tratado en Difusión de la UNAM, en los años de Hugo Gutiérrez Vega. Así que Núñez fue su editor estrella, como él mismo se decía: “el editor de los éxitos”. Carlos me pidió que ocupara el puesto. Fue tan de repente que me desestabilizó. Me sentía cómodo en actividades culturales. Antes, Carlos había confiado en mí para lanzar el Premio Nacional de la Danza, en convenio con el FONAPAS, que tuvo bastante éxito y, creo, tiene hasta la fecha.

Me incorporé a la revista, no sin trabas, porque ya estaba organizada con un grupo de redacción. Era yo el que tenía que adaptarse y no ellos a mí. Así conocí a Alberto Vital. De cualquier manera fungí como jefe de redacción de *Casa del tiempo* varios números. Por otro lado, al principio me imaginé que yo tenía que conseguir a los escritores y pensé de nuevo en Octavio Paz y en su revista *Plural*. ¿De dónde sacaría yo a los escritores más importantes del mundo? Tan inseguro me sentí. Del número 17-18 al 26 (en 1982), si no me equivoco, aparezco con esa responsabilidad.



Me ocurre que al escribir sobre *Casa del tiempo* me viene todo mi paso por esta Universidad. Adivino que aquella fue

un logro de Carlos Montemayor, con el acuerdo de Ruiz Dueñas y Sergio Reyes Luján, secretario general y Rector General de la Universidad, respectivamente. Carlos debió de haberla propuesto, como proponía otros proyectos.

Una vez Ruiz Dueñas me dijo que la revista parecía “el club de los elogios mutuos”. Tal vez no le faltaba razón. Los nombres de los que trabajábamos en ella se repetían; aunque aparecían también otros escritores que no eran de la UAM. Al asumirme como parte de la revista traté de mantenerme un tanto fuera del índice, pero no sé si se notó.

Recuerdo que, a propósito del Premio Nacional de la Danza, cuando lo ganó Cristina Gallegos, aplicado, le hice una entrevista para *Casa del tiempo*. Le hice preguntas diversas, no solo de la coreografía premiada, sino de su trayectoria y puntos de vista. Después que se publicó me telefoneó, para mi sorpresa, hecha un mar de lágrimas, no podía ni hablar. Incluí en la entrevista que ella había dicho que los bailarines mexicanos no eran muy “profesionales” (no es exacta la cita, es de memoria) y el mundo de la danza, como cualquier otro, es sensible a este tipo de declaraciones. No tardaron en comunicarse con ella para reclamarle —para mí fue sólo una opinión y, periodísticamente, así eran las interesantes—. Le ofrecí una disculpa, pero ya estaba publicado. No se me ocurrió cómo podríamos corregirlo, una aclaración, pero ¿en qué tono?, ni manera de que yo dijera que lo había inventado. Allí perdí la amistad de Cristina.

Bernardo Ruiz, actual subdirector de *Casa del tiempo*, se integró a Difusión Cultural en la parte que él ha desarrollado con mayor intensidad, que es la editorial. Tuvo la gentileza de publicar una reedición de mi primera novela, *El sótano blanco*, en 1984, con una introducción suya. En 1998, cuando fue el director, aceptó coeditar con Aldus la única novela de terror sobrenatural que he escrito, *La caricia del mal*. Por cierto, no conozco otra de este género en México.

Cierto día, recibió la UAM una invitación de tipo cultural, universitaria (supusimos), de Cuba. No pudo asistir por algún motivo. Entonces me llamó, solemne, como era su estilo, y me dijo que yo iría, con varias propuestas editoriales para Casa de las Américas. Incluía un número de *Casa del tiempo* dedicado a la nueva literatura de esa bullanguera isla, con la condición de que nos dedicaran otro de su revista para la literatura mexicana reciente, que ahí sí íbamos a ser nosotros; pero Carlos siempre incluía otros nombres, sobre todo si veía posibilidades de fortalecerse. Añadió, también, una propuesta de edición de libros.

Habían invitado no sólo a la UAM sino también a otras universidades públicas de México. Éramos un numeroso contingente. Y allá fui. Escribir sobre ese viaje requeriría otro artículo, baste decir que el compromiso terminó y nunca vi, ni de lejos, a la gente de Casa de las Américas, a pesar de que desde mi arribo pregunté por ellos e insistí para que me llevaran a su sede. Sonreían y me decían que sí, pero no cuándo. En el “socialismo” no se puede uno mover libremente, como se sabe. Nos pusieron unos guías (resultaron viejos amigos de los de la UNAM, les llevaron sus botellitas de tequila e intercambiaban chanzas) y éstos nos condujeron adonde les habían instruido sus superiores, que era, ¿qué si no?, un recorrido por algunas instalaciones y lugares turísticos. Así que visitamos hoteles, ciertos lugares naturales y de diversión, incluido el célebre cabaret Tropicana. Bien, gracias. Querían que les mandáramos grupos de universitarios a gastar sus dólares, como una vulgar agencia de viajes, pero los encargados de Casa de las Américas brillaron por su ausencia. Ese proyecto no le salió a Carlos y juro que no fue por mi culpa. **▲▲**